

## **Entre la libertad (de lo que se crea) y el amor (en lo que se crea) cuya síntesis es lo bello**

Ya fuera de este título, debo añadir estas nuevas palabras: esta síntesis es la energía precisa que, de inmediato, se transforma en creatividad, la propiedad definitiva del auténtico artista, cuyo fin es dignificar, a partir de tal propiedad, la entidad de lo humano.

Recorro los sucesivos espacios de la muestra, pasilleo por entre las distintas figuras/formas (el *hylemorfismo* llevado un tanto a su cénit) que constituyen un mundo sorprendente (porque lo humano sigue aún sorprendiéndonos, a pesar de todo) que se desparrama a través de un espacio-tiempo en el que reina, por encima de todo, lo plástico, la plástica humanística de la que, constantemente, hace gala José Cobo, ya que, lo que en esas formas/volúmenes se aprecia, es el lento desarrollo de la gran plasticidad biológica que se torna en la idónea plataforma de la enorme potencialidad cognitiva del *mono* humano.

Sí, en efecto, venimos del polvo estelar; somos un determinado grado de densificación o de sublimación de ese polvo cósmico que, tal vez, y a través de un cometa gigantesco que chocó contra la superficie aún caliente de nuestro planeta, sembró en éste las semillas de la vida vegetal, animal y, finalmente, humana.

Somos, los humanos, breves, frágiles recipientes de aquella sopa nutritiva de la que emergieron los primeros organismos, los más simples, para, a partir de ellos, y cumpliendo a rajatabla las leyes evolutivas, desembocar al fin en el llamado *fenómeno humano*, ese dechado selectivo en el que la vida alcanza su mayor excelencia. El ciclo vital, que uno va observando en las extraordinarias formas que el artista, emulando en cierto modo la propia génesis evolutiva, presenta ante nuestra sorprendida mirada; un ciclo vital, digo, que articula a base de sucesivos encadenamientos o eslabonamientos la exclusiva capacidad, dada en los primates, cuya más noble expresión es la constitución de un discurso cultural que coadyuvará con el gran movimiento de la evolución, el argumento que justifica el constante cambio cultural de carácter acumulativo, de aprendizaje e innovación permanentes, eso, en suma, que ha dado en llamarse *inteligencia cultural*.

El niño que gatea y al poco se eleva sobre sus extremidades, cada vez más, hasta adquirir finalmente la posición erguida, bípeda. Al tiempo, pues, que un proceso de manualización, el de cerebración cada vez más complejo, más creciente. El polvo de las estrellas se ha hecho paulatinamente más denso, más masa, más volumen, más forma y materia, espíritu o inteligencia, más conciencia. El artista es, sobre todas las cosas, creador o, si se prefiere, re-creador, y crea y recrea a partir de lo ya dado a través de millones de años y de continuos ciclos que van

de lo mineral a lo sensible y de lo sensible a lo sapiencial. El artista crea/recrea formas y re-formas, y, de algún modo, busca proseguir lo que otras fuerzas cósmicas, telúricas han llevado a cabo y continúan haciendo. Me evoca esta expresión creativa de J. Cobo aquellas metamorfosis propuestas por parte del Zaratustra nietzscheano. En efecto, Zaratustra hace primero pasar a lo humano por la pedagogía del camello, del *tú debes*, para llegar al *yo quiero* del león, que tendrá su última metamorfosis y realización en el niño que juega y crea, crea y juega, y dice, finalmente, sí al mundo, Es, por tanto, el reino sumo de la libertad, en donde explosivamente reina la creatividad, repito, la propiedad más vigente del verdadero artista.

El artista, sin despegarse de la belleza, aspira a proseguir su arte bello al dictado de las poderosas, ancestrales o prístinas fuerzas de las que ha surgido todo.

Con José Cobo, en fin, uno no puede aislarse de lo humano, pues por doquier lo humano nos salpica, nos embadurna. Quédense quietos ante cualquiera de las figuras/formas expuestas; escudríñenlas, penetren en ellas lo que puedan, déjense llevar por las impresiones y sentimientos más elementales, tal vez cierren los ojos y miren ahora hacia su interior, hacia sí mismos: sí, las verán repetidas cual un eco dentro de sí; se verán, al mismo tiempo, ustedes mismos, reflejados de paso en ellas. Por fin, José Cobo ha logrado la tan deseada síntesis, o, mejor, simbiosis entre el que especta y lo espectado, entre el sujeto que mira y el objeto mirado. El milagro último consiste en que ese objeto contemplado ya no lo es -es decir, ya no es objeto-, al menos del todo, sino que ya forma parte de nosotros mismos, porque en él nos vemos reflejados, así como ellos en nosotros, como si el artista/demiurgo, a modo del más hábil de los prestidigitadores, nos hubiera extraído una parte de nuestro ser para in-formarlo en esas formas/figuras creadas por él. Creador, por ende, de formas, las cuales inyectan de vida la materia para conformar al fin un fragmento de vida bajo el molde de un bronce, de un mármol o de cualquier otro material-soporte.

Dechado de humanidad, discurso de lo humano sobre lo humano mismo. Lo he leído en un texto de E. Panofsoky (*El significado en las artes visuales*, versión castellana de N. Ancochea, en Alianza Editorial -serie Alianza Forma-, 4ª edición, p. 17). Unos días antes de morir, Kant recibió la visita de su médico de cabecera. Ya muy enfermo y casi ciego, Kant con dificultad se incorporó de su asiento y permaneció de pie renqueando y bisbiseando palabras ininteligibles. Tanto el médico como el sirviente quisieron que se volviese a sentar, a lo que se opuso el filósofo, pues se sentaría cuando lo considerase oportuno: deseaba que este tan prosaico acto fuese acaso su último ejercicio electivo, o sea, libre. Cuando el filósofo se sentó, entonces se pudieron escuchar perfectamente estas palabras: *No me ha abandonado aún el sentimiento de humanidad*. Se cuenta que ambos, médico y sirviente, estuvieron a punto de llorar.

Cierto: sentimiento de humanidad, sentirse uno humano sobre todas las cosas. Y humano es sentimiento también de libertad. Aquí reside el origen de lo humano, lo que se quiere expresar en todo momento y como sea. Es la única firma o testimonio que nos señala, nos sentencia como humanos. Humanos para bien o para mal; humanos para la gracia o desgracia; humanos para crear y difundir belleza y dignidad o para deconstruirlas. Ciertamente, es la vida humana, esa vida elemental que, por fin, se ha hecho humana, como si toda la cosmología previa hubiera sido una propedéutica o el gigantesco laboratorio en el que se fue gestando, en los matraces de las estrellas, la que al poco iba a ser la vida y, para más señas, la humana. Y ésta viene dotada de un alto y de un bajo, de un arriba y un abajo, de superficie y de hondura; hay un antes y un después de ella. ¡Ah!, pero ahora viene el arte y su obsesión más honda: lo bello; el arte como el camino hacia lo bello. Y decir *bello* es decir también libertad y amor. Es lo que, por ejemplo, en san Pablo se llama, en expresión magnífica, la *geometría del amor*, cuando en ella, precisamente, se habla de longitud, anchura y profundidad, es decir, la tridimensionalidad de la libertad, del amor, de la belleza, que vienen a ser como tres caudalosos ríos que van a desembocar en el proceloso mar de la vida y, sobre todo, de la vida apellidada humana, que es lo que, justamente, ahora, afortunadamente, nos propone, nos expone y hasta nos impone José Cobo.

He aquí este espacio y este fragmento de tiempo que ahora mismo ocupamos para en medio de ellos poder contemplar, digerir, asimilar, meditar acerca de los ángulos, perspectivas, dimensiones de lo humano, una humanidad que José Cobo ha procurado estirarla al máximo -por delante y por detrás-para con ella poder abarcar lo remoto o prístino y lo último o antepenúltimo de ese fruto, que la síntesis de la libertad y el amor han gestado: lo humano. Esto es lo que nos desea decir, mostrar, demostrar hasta la saciedad, una y otra vez José Cobo: un canto a lo humano que a todos nos concierne, pues todos formamos parte de ese grandioso coro del cual, esta exposición, es una de sus voces solistas.

M.A.C.